ALBERTO M. DE AGOSTINI S. S.

ANDES PATAGONICOS

VIAJES DE EXPLORACION
A LA CORDILLERA PATAGONICA AUSTRAL

Segunda edición aumentada y corregida

ILUSTRACIONES Y MAPAS DEL AUTOR

BUENOS AIRES
1945

CAPITULO IV

ULTIMA ESPERANZA

Ultima Esperanza — Puerto Natales — Progreso de esta región — Sus extraordinarias bellezas naturales — La Gruta del Mylodon — Primera excursión al Cerro Balmaceda — Bahía Bellavista — Patos y cisnes — Pastor solitario — Un naufragio evitado — La cadena del Paine, en el ocaso — Segunda excursión al Balmaceda — Entre leñadores — Paciente labor de los bueyes — Floresta magallánica — Tercera excursión al Balmaceda — Espectáculo sublime — Lago Azul — Valles y glaciares inexplorados.

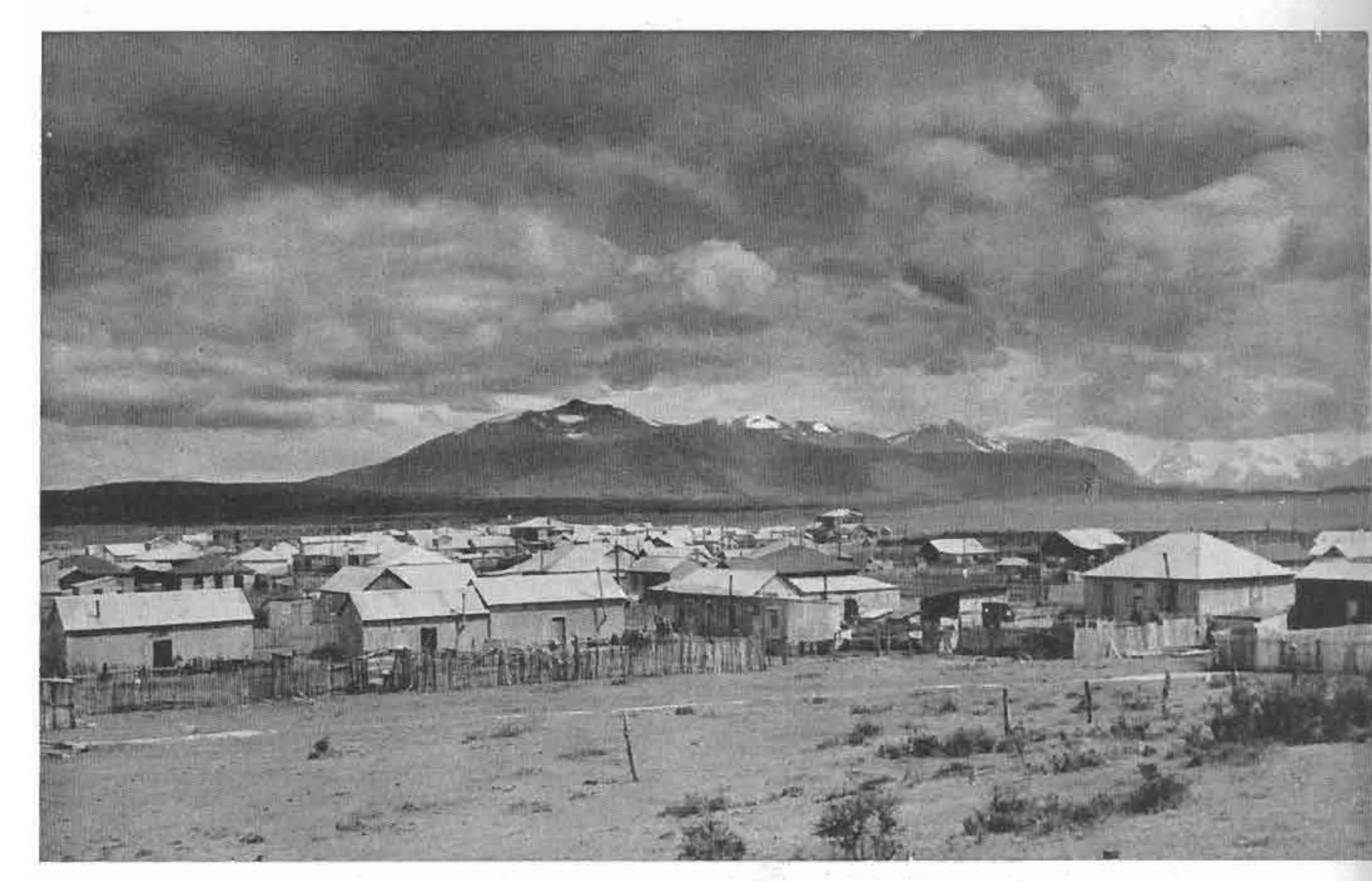
Entre las regiones andinas de la Patagonia austral, que sobresalen por su grandiosidad, belleza y fertilidad del suelo, debe contarse la de Ultima Esperanza, uno de los tres Departamentos chilenos que constituyen el Territorio de Magallanes.

Situada a levante de la gran Cordillera de los Andes, donde ésta, al aproximarse al Estrecho de Magallanes, convierte sus glaciares y picachos en modestas colinas y amenas terrazas, hasta transformarse en la inmensa pampa patagónica, encierra tesoros de arcana belleza donde toda la poesía del paisaje andino va armonizándose en una grandiosidad de líneas, en una vivacidad de luces y de colores capaces de impresionar vivamente aun a los más reacios al influjo de la belleza.

Semejante encanto de la naturaleza, unido a la fertilidad del suelo, sería más que suficiente para hacer de esta región una morada ideal, si los vientos fríos y húmedos que soplan casi de continuo del NW al SW no aminoraran un tanto el mérito de sus bellezas naturales y no impidieran en gran parte que los cereales llegaran a su completa madurez.

Sin embargo su clima es absolutamente distinto del de los canales patagónicos correspondientes a la misma latitud, notándose menor cantidad de lluvias y una temperatura mucho más benigna.

Hasta el año 1890 la región de Ultima Esperanza, era conocida sólo en parte por algunos exploradores, que la habían recorrido con fines más científicos que comerciales; pero apenas introducida en el Territorio de Magallanes la cría de ganados, particularmente ovinos, que se aclimató y multiplicó admirablemente, el Gobernador Chileno, Señoret, concedió en 1893, la ocupación de estas



Puerto Natales y Sierra Ballena en el fiord de Ultima Esperanza

tierras y en 1899 se fundaba oficialmente en Puerto Natales, a la entrada del fiord de Ultima Esperanza, un primer núcleo de población. (1)

Años después, en 1904-905, el Gobierno Chileno efectuó la subasta de cerca de 400.000 hectáreas de terreno que fueron adquiridas, en su mayor parte, por una Sociedad Anónima de elevado capital. La industria ganadera progresó en tal forma que pronto quedó asegurada la riqueza y vitalidad de esta región.

Como natural consecuencia, aumentó la población formada por colonos de diversas nacionalidades, aunque en su mayoría por chilenos de Chiloé.

Puerto Natales, Capital del Territorio de Ultima Esperanza, por ofrecer fácil salida a los productos de la Patagonia austral andina, se convirtió pronto en un centro comercial y marítimo, destinado a ser, después del de Magallanes, el más importante de la región.

A este rápido crecimiento de la población contribuyó en gran manera la instalación en Puerto Natales y Puerto Bories de dos grandes establecimientos frigoríficos, donde la abundante producción de carne ovina es congelada y exportada a los principales países europeos, especialmente a Inglaterra. Estos establecimientos ocupan durante la estación estival unos mil obreros y el número de animales faenados asciende a casi medio millón de cabezas.

Los habitantes de Natales son unos seis mil y otros cinco mil están esparcidos en las estancias de la región de Ultima Esperanza, que abarca una superficie de 14.642 kilómetros cuadrados.

(1) El descubrimiento de Ultima Esperanza como región apta para la ganadería se debe al capitán Hermann Eberhardt, que en 1892 hizo, en pleno invierno, una expedición a su interior. (Cfr. *Reseña histórica* al final de este tomo).

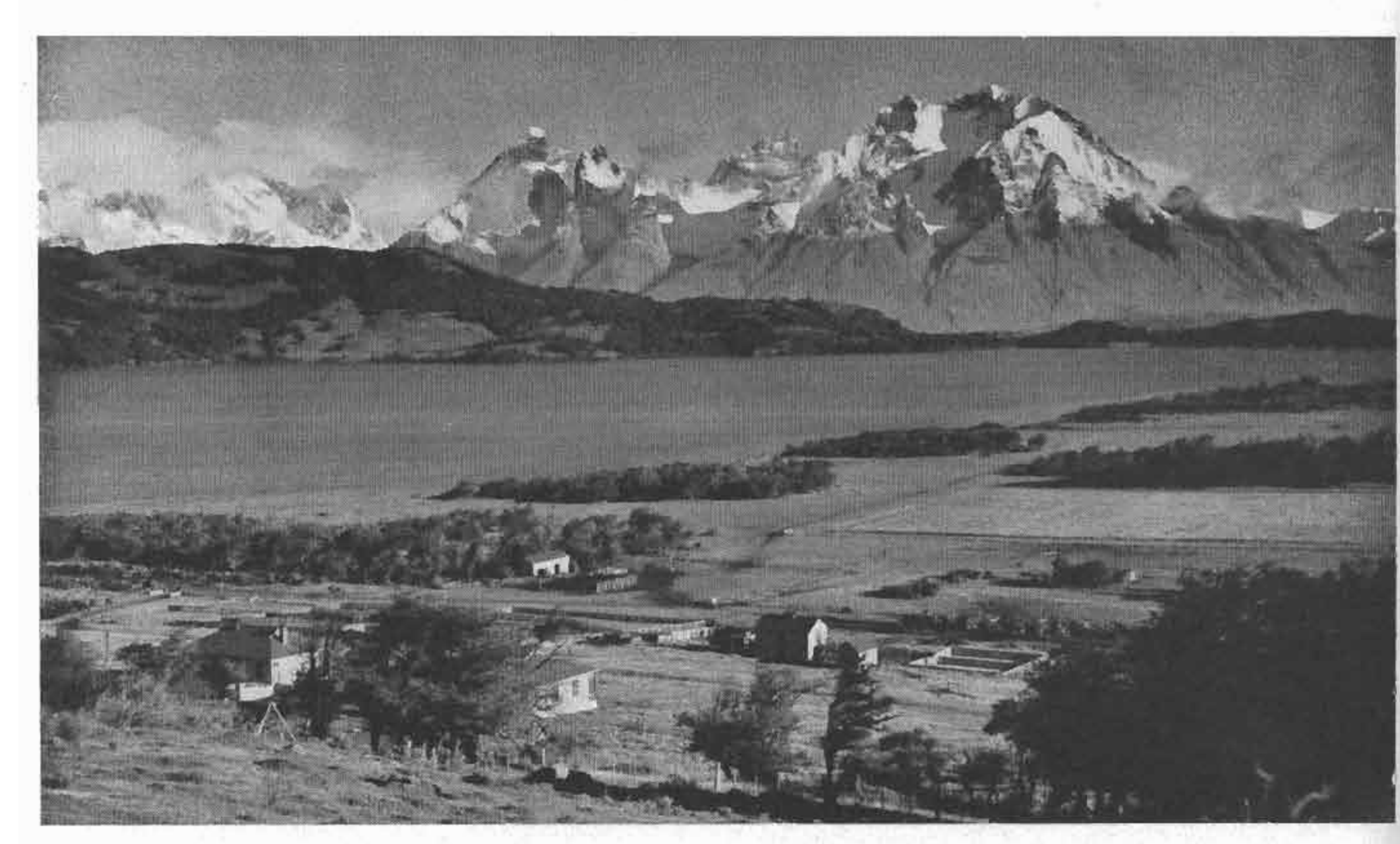
Puerto Natales. — La Plaza y el fiord de Ultima Esperanza con el Cerro Balmaceda (a la izquierda) la Cordillera Arturo Prat y el Cerro Paine

La vida de Puerto Natales está esencialmente ligada a la ciudad de Punta Arenas, de la que importa mercaderías y artículos alimenticios y a la que exporta sus productos lanares.

El tráfico y transporte de los pasajeros viene facilitado por una excelente carretera de 252 kilómetros, construída bajo la dirección del ingeniero Fortunato Ciscutti e inaugurada en enero de 1931. Su recorrido es atrayente por la variada y rápida sucesión de los paisajes. Algo monótonos al principio mientras



Natales. — Iglesia y colegio de los Padres Salesianos



Cerro Paine desde la Sección Lazo

se atraviesa la inmensa llanura patagónica, van haciéndose soberbiamente pintorescos cuando se penetra en la zona de los bosques y desde las alturas se divisa a lo lejos la imponente cadena de los Andes que ostenta, en una soberbia gama de colores, sus gigantescas montañas coronadas de nieves y de glaciares.

El comercio entre las dos poblaciones es también muy activo por vía marítima, pues hay un discreto número de vapores de cabotaje, que recorren los canales y el Estrecho de Magallanes. También la línea de navegación que efectúa el servicio mensual entre Valparaíso y Punta Arenas, tocando de paso Puerto Montt y algunos puertos de Chiloé y del Oysen, hace escala en Puerto Natales, dando oportunidad a los turistas, paraconocer los pintorescos canales de la región de Ultima Esperanza.

Natales, como todos los pueblos de la Patagonia que han surgido *ex novo* en regiones hasta entonces despobladas, ha sido trazado de acuerdo a un plano geométricamente regular. Sus calles son amplias, y bonitas sus plazas. La mayoría de las casas son de un solo piso y de madera, pues ésta, en la comarca es abundante y barata. Hay también algunos edificios de material, entre los que sobresale la iglesia de los Salesianos, contruída con planos del arquitecto salesiano, Sac. Juan Bernabé.

Los Salesianos se establecieron en Natales en 1913, fundando una iglesia y una escuela para los hijos de los colonos, extendiendo luego de allí su obra de asistencia espiritual a las poblaciones esparcidas en las estancias de la vasta región.

El desarrollo adquirido por al industria ganadera y el aumento de las estancias han contribuído eficazmente al mejoramiento de las comunicaciones viales.

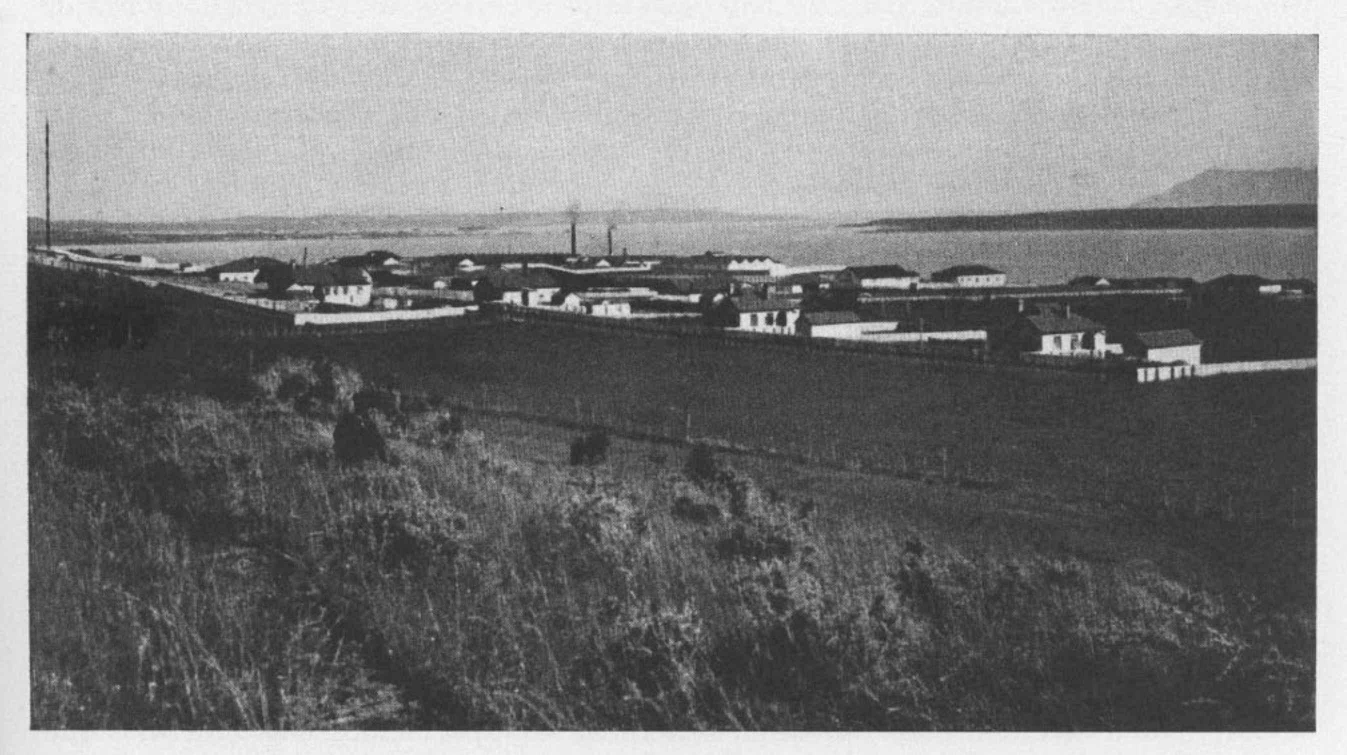
Hay actualmente, en esta región, una buena red caminera que permite, en todas las estaciones del año, el acceso a las principales estancias, aún a las que se encuentran

establecidas cerca de la Cordillera. Entre estas estancias, la más importante por su extensión y por lo moderno de sus instalaciones, es la denominada "Cerro Castillo", situada algo hacia el Este del Lago Maravilla la cual pertenece a la "Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego". (1) Las secciones Lazo y Laguna Amarga, que esta estancia posee en las estribaciones del Paine, ofrecen una encantadora vista sobre este importante macizo y constituyen una meta predilecta de los turistas que pueden llegar a ellas en auto desde Punta Arenas.

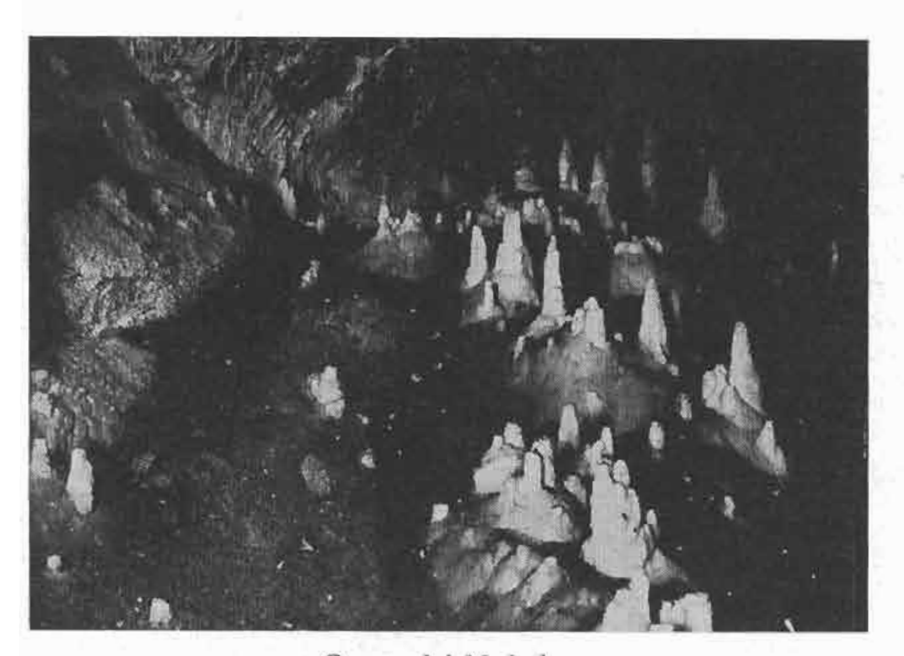
La región de Ultima Esperanza ha alcanzado notoriedad entre los estudiosos por los importantísimos hallazgos realizados primeramente (en abril de 1896) por Otto Nordenskjöld, y luego por otros investigadores (R. Hauthal, S. Roth y Erland Nordenskjöld), en la caverna de Eberhardt. Esta caverna, generalmente conocida por los lugareños como "Gruta o Cueva del Mylodon", se abre en la ladera del Cerro Benítez (550 m.) cerca de 17,5 Km. al NNW de Puerto Natales e inmediatamente al NE de Puerto Consuelo. La amplia entrada de la caverna, que está excavada en un potente banco conglomerádico del Cretáceo superior, se halla a 155 m. sobre el nivel del mar, y se abre sobre una terraza lacustre de superficie casi llana.

Según recientes observaciones del Dr. Feruglio, la gruta se ha formado probablemente por la erosión de las olas del lago que invadió la cuenca de Natales durante el retiro progresivo del enorme manto de hielo que la rellenaba durante la última expansión glacial cuaternaria. Este lago —al igual de los que ocuparon el Seno Skyring y el

(1) La Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, cuya fundación se remonta al año 1893 por obra del señor Mauricio Braun, posee actualmente con título inamovible de dominio 1.106.401 hectáreas, de las cuales 792.439 están en Chile (Departamentos de Magallanes 377.471 hectáreas, Ultima Esperanza 410.675 hectáreas, y Tierra del Fuego 4.292 hectáreas) y 313.961 en Territorio Argentino. Al lado de estos terrenos propios la Sociedad trabaja también con campos arrendados que suman 707.385 hectáreas. En el período 1942-43 los animales esquilados alcanzaron a 1.154.728 y las libras de lana obtenidas eran de 11.490.695, elevando el promedio de rendimiento por animal a la excelente cifra de 9,95 libras. (*Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego* 1893-1943. Monografía por Ferdinando Duran, Chile, 1943).



Puerto Bories



Cueva del Mylodon

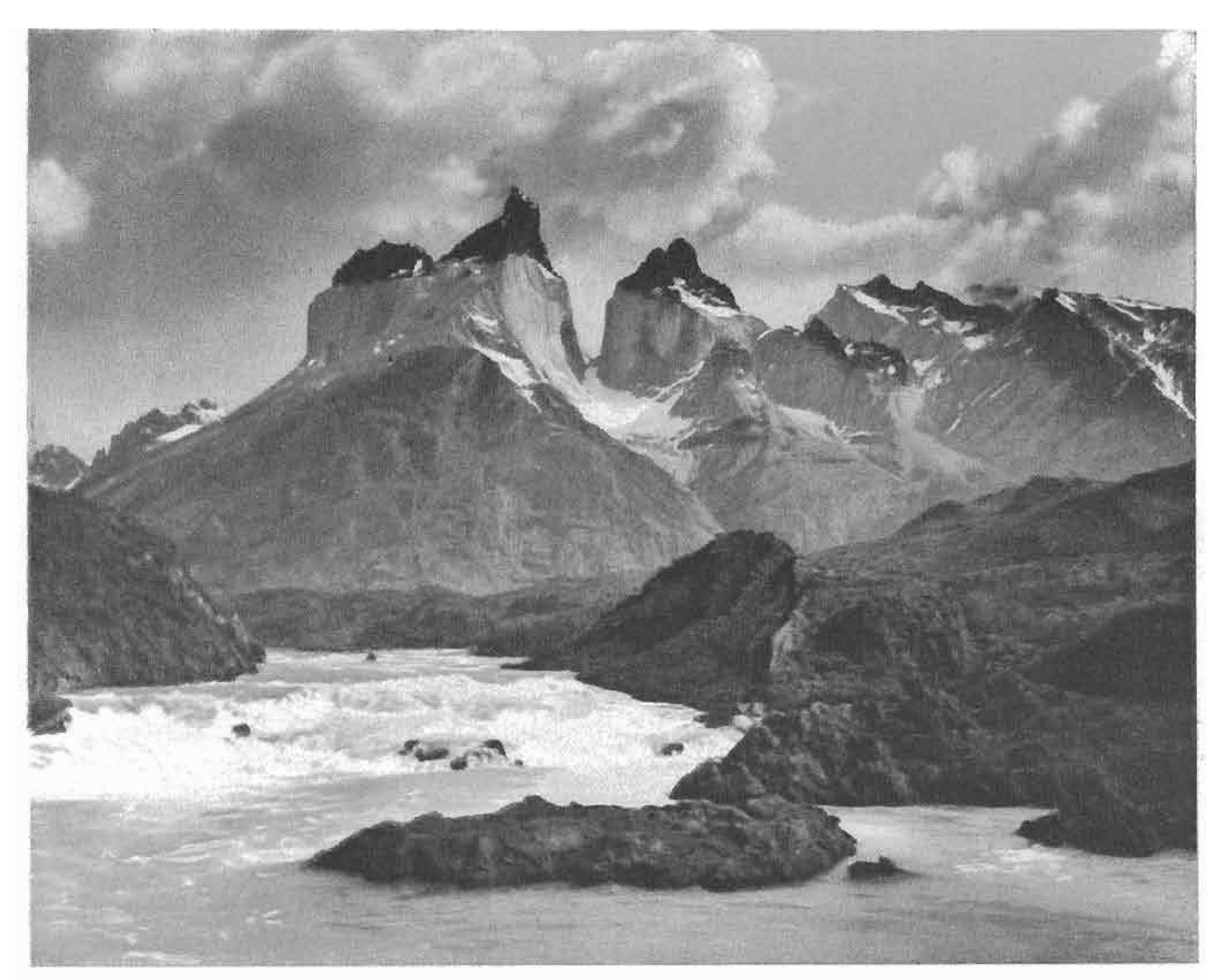
Seno Otway, situados más al Sur— logró por último abrirse paso hacia el Pacífico, a través de la estrechura de Kirke, vaciándose gradualmente, hasta que fué en parte ocupado por las aguas del océano. El gradual decrecimiento del nivel del lago está hoy indicado por una serie escalonada de terrazas lacustres, que forman las llanuras de Diana y rodean a Puerto Natales.

Sobre el piso de la espaciosa caverna —que se interna horizontalmente por unos 200 metros, con un ancho de 50 m. por término medio, y una altura que puede llegar a 30— se encontraron restos momificados (carne y piel provista de largos pelos y de huesecitos dérmicos) de un gran Desdentado de la familia de los *Gravígrados*, perteneciente al género *Glossotherium* (también llamado *Grypotherium*, o *Neomylodon*). Junto con los restos de este extraño animal —cuyos parientes próximos poblaron las pampas argentinas durante el Cuaternario— se han encontrado sus excrementos, los que prueban que su alimentación era herbácea. En la misma caverna se exhumaron también huesos de un gran tigre hoy desaparecido (*Felis listai*, quizás idéntico al *Smilodon*), de un Cánido, del Oso pampeano (*Arctotherium* o *Pararctotherium*), de *Macrauchenia*, de *Onohippidium*, de Guanaco, excrementos de un Carnívoro, restos del hombre y de la industria humana.

Las condiciones en que fueron hallados los restos del *Glossotherium* hicieron suponer que éste fuese domesticado por el hombre prehistórico. Si bien ello parece muy dudoso, de cualquier modo es cierto que debió vivir cuando el hombre ya poblaba esta región. Su extinción es, pues, de fecha geológicamente reciente, es decir, de la época postglacial, la que siguió al retiro de las inmensas masas de hielo que sepultaban la Cordillera Patagónica y vastos trechos de las mesetas contiguas. Un poco al Este de la caverna de Eberhardt hay otra más pequeña, llamada Cueva Chica, cuya boca está a 162 m. s.n.m. y que se divide en dos ramas inclinadas hacia adentro.

Sobre esta pintoresca región de valles fértiles y amenos, poblada de millones de ovejas, irrigada por numerosos y abundantes cursos de agua y constelada por una infinidad de lagos de variadas dimensiones, dominan como dos inmensos soberanos, los macizos Balmaceda y Paine.

La imponente grandiosidad de estos dos colosos tan variados y singulares en sus formas, surcados por inmensos glaciares, adornados de exuberantes selvas vírgenes, lamidos en sus bases por las aguas de amatista y de cobalto de una maravillosa cadena de lagos y canales, constituye una poderosa atracción para los alpinistas y los amantes de las bellezas naturales. Encuentran aquí vastísimo campo para las más arduas ascensiones y suma facilidad para contemplar de cerca los espectáculos más soberbios que pueda ofrecer la naturaleza virgen y salvaje.



Deposé *Fot. A. M. De Agostini*

ULTIMA ESPERANZA. — RIO Y CERRO PAINE MEDIO



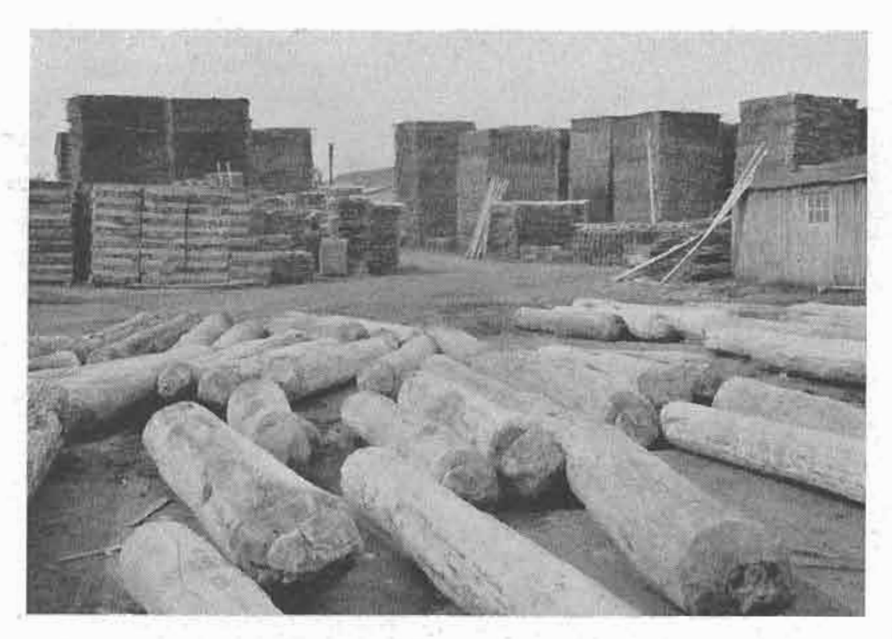
Cascada del Río de las Chinas

El Monte Balmaceda se yergue como un gigantesco baluarte en la extremidad meridional de la Cordillera Patagónica, la que a esta latitud va perdiendo su forma compacta y elevada y termina fraccionándose en numerosas y profundas ensenadas, fiords, canales y bahías.

Este macizo se divisa desde Puerto Natales porque se eleva al final del Fiord Ultima Esperanza como un majestuoso telón, erizado de crestas y surcado de glaciares al que sirven de gigantescos bastidores, la Cordillera Arturo Prat [1] por la izquierda, y la de Sierra Ballena, a la derecha.

La única manera de llegar al pie del Balmaceda consiste en recorrer todo el Fiord Ultima Esperanza (unos sesenta kilómetros), en alguna de las pequeñas embarcacio-

[1] La Cordillera Arturo Prat fué objeto, en estos últimos años, de estudios y ascensiones por parte de los doctores G. H. Fester y R. Jakob y de los alpinistas Zuck y Teufel. Se eleva este grupo de montañas entre el Estero de Ultima Esperanza y la recortada cuenca de los lagos Porteño y Maravilla o del Toro, y está formado principalmente por dos cadenas casi paralelas, separadas entre sí por el valle de Los Perales y unidas al Norte por un elevado travesaño. Compuesta de capas pizarreñas oscuras del Cretáceo superior, tiene crestas afiladas y cimas cuspidadas de 1.200 a 1.660 m. de altitud, a cuyo reparo se conservan campos de neviza y pequeños glaciares. Cfr. Fester, *Algunas observaciones de un viaje a la Patagonia*, Revista Minera, III (1931), Buenos Aires; *Observaciones en la Cordillera austral*, Ibídem, IX (1938), n. 4; *Die südlichste Kordillere*, Zeitschrift des Deutschen Alpenvereins, 1937-1938.



Rollizos y tablones de Lengua o Roble (*Nothofagus pumilio*) en el aserradero del Río Rubens cerca de Natales

nes que se encuentran en Puerto Natales o Puerto Bories, y que de vez en cuando visitan la costa, en busca de leña o para suministrar víveres a alguna estancia incipiente.

Mi primera excursión al Balmaceda la efectué en diciembre de 1916, mientras realizaba un viaje de misión y estudio. Embarquéme en un cutter de poco tonelaje, propiedad de los hermanos italianos Crema, quienes poseían en la Isla Diego Portales una pequeña estancia y un aserradero. (1)

Dejamos Puerto Natales a la caída de la tarde, porque a esa hora los fortísimos vientos del SW y NW que soplan todo el día, disminuyen de intensidad.

Teníamos intención de navegar durante la noche, ya que de otro modo, con el viento de proa nos hubiera sido imposible avanzar, pues conocíamos la terrible fama de que goza este fiord, por los violentos huracanes que se desencadenan repentinamente y que a tantas embarcaciones han hecho zozobrar.

Favorecidos por una calma admirable, navegamos hasta media noche a la tenue claridad de una luz crepuscular, que, desprendiéndose de las sombras fantásticas y misteriosas de la montaña, se expandía vaporosamente en el cielo estrellado e iluminaba con resplandores siniestros los foscos antros y hórridos precipicios envueltos en profundo silencio. Como las tinieblas se iban haciendo cada vez más densas, decidimos suspender nuestra navegación y tras prudentes búsquedas, encontramos una pequeña rada donde anclamos para pasar la noche.

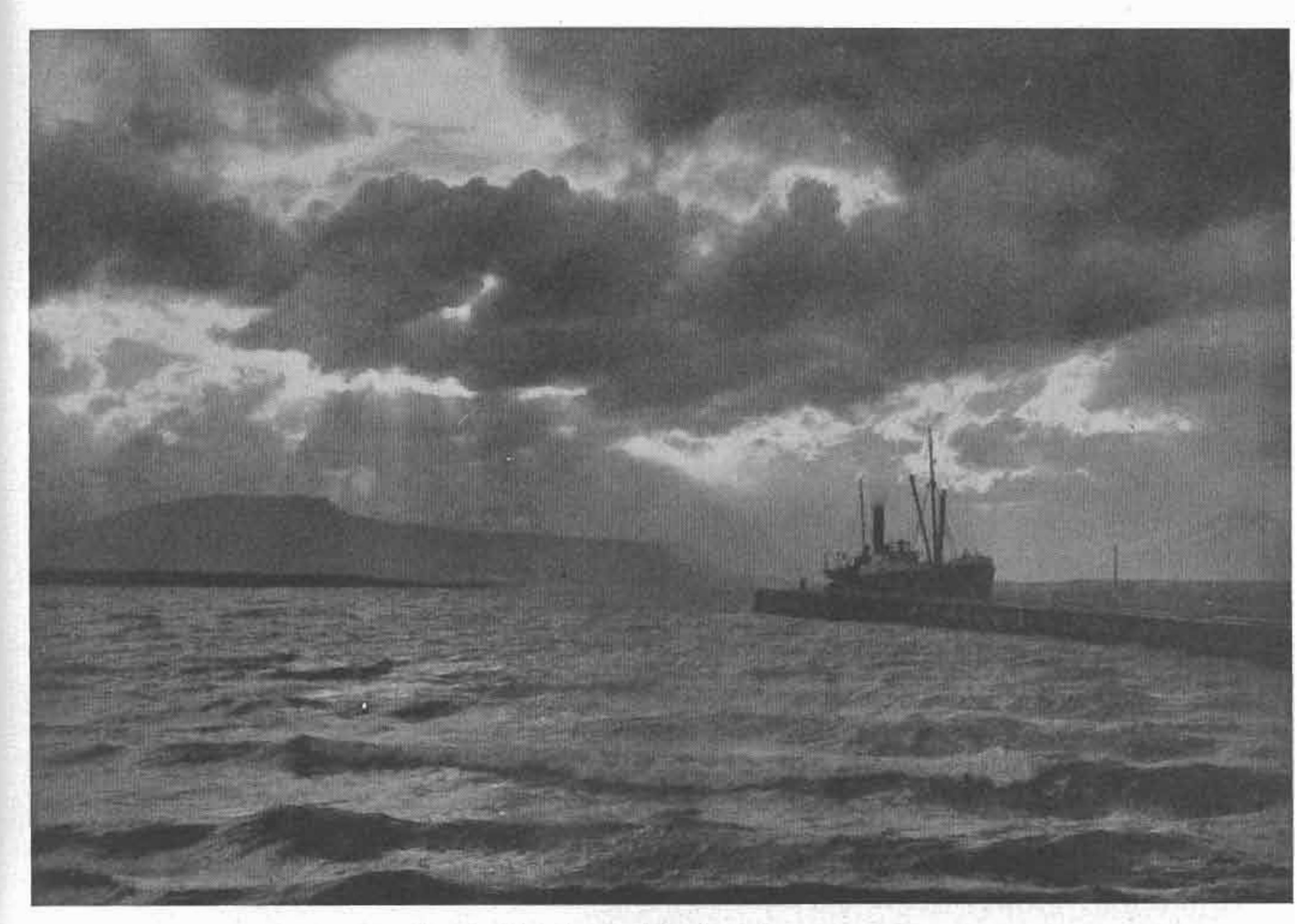
A eso de las 4 de la mañana volvimos a zarpar, con calma perfecta, aunque bajo un cielo que de pronto habíase tornado amenazador, velando con espesas nubes la cima del Balmaceda. En poco más de una hora llegamos al pie del gigantesco macizo que levanta su mole verticalmente del agua por una altura de 2.020 metros, deteniendo como señor indómito las aguas mismas del fiord, las cuales, a su contacto, se abren en dos brazos, hacia el N y SW, ciñendo graciosamente su base en una longitud de 15 millas.

Dos colosales glaciares descienden de sus profundas gargantas en rápida cascada de *seracs*, contrastando la albura de las nieves y el azul turquesa del hielo con la cornisa verde de la selva magallánica, que reviste las laderas del monte.

Nos internamos en el brazo que se abre hacia el Sur y a eso de las 10 de la mañana echamos el ancla en la hermosísima bahía circundada de bosques.

---

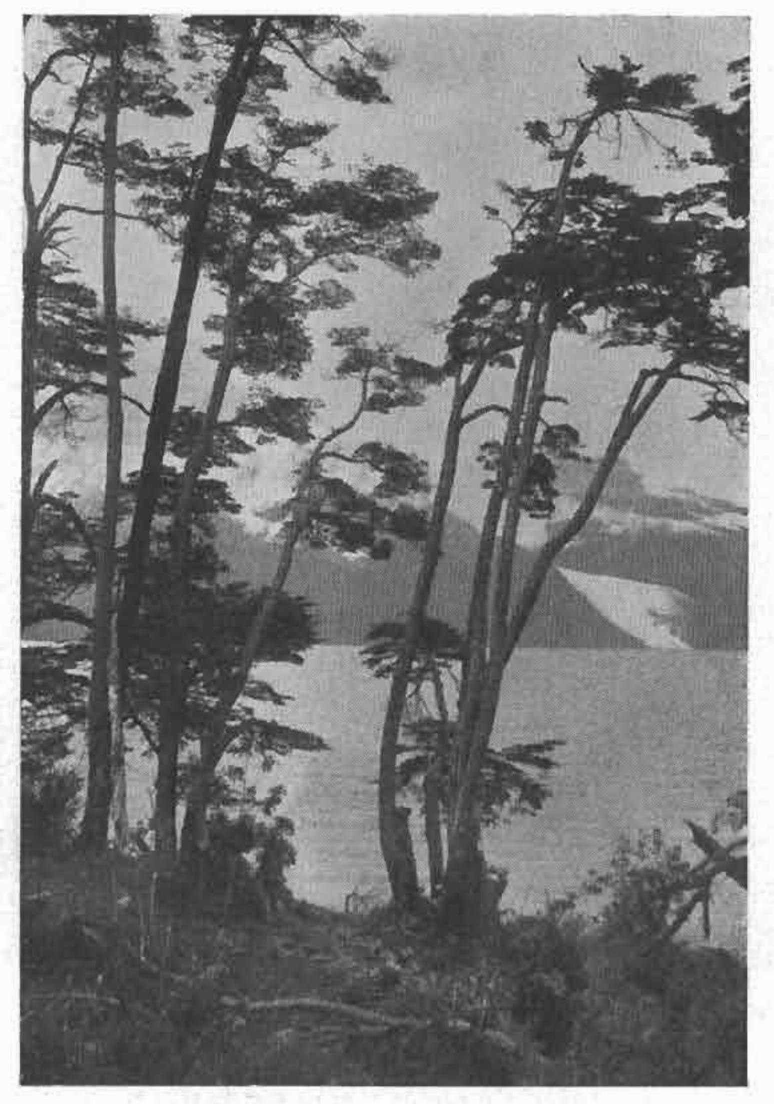
(1) Cfr. Cartas de los Misioneros. *A. De Agostini: Una Excursión a Ultima Esperanza*, en Boletín Salesiano. Año XLI - 1.° (Septiembre 1917).



Puerto Natales. — Atardecer tempestuoso

Nuestra llegada puso en fuga una gran cantidad de patos y una bellísima bandada de blancos cisnes con el cuello y la cabeza completamente negros, que se destacaban graciosamente por su blancura sobre las azules aguas del canal.

A poca distancia de la costa divisamos una cabaña hecha con palos toscamente labrados y rodeada de un rústico cerco. Creyéndola habitada descendimos para cerciorarnos, pero la hallamos desierta. Ibamos a regresar a bordo cuando el ladrido de unos perros atrajo nuestra atención y minutos después dibujóse en el límite de la selva la silueta de un hombre vestido grotescamente, que se acercaba seguido de tres mastines. Calzaba botas groseramente confeccionadas con pieles de ciervo y llevaba un winchester a la espalda y un largo cuchillo a la cintura. Un sombrerete de fieltro, consumido por el uso, ocultaba en parte su bronceado rostro encuadrado por una barba hirsuta y espesa; tenía en su porte algo de siniestro, mezcla de contrabandista y de bandido. Después de habernos observado de pies a cabeza, se nos acercó con paso cauto y receloso, pero apenas le hubimos dado a conocer nuestra procedencia y el motivo que allí nos llevaba, depuso todo sentimiento de desconfianza, nos saludó cortésmente y empezó a conversar con afabilidad, dándonos detalles de su vida solitaria. Suizo de nacimiento y amante de la vida aventurera, había recorrido el mundo en busca de fortuna, hasta llegar a Magallanes. Ilusionado con la esperanza de enriquecerse prontamente con la ocupación de terrenos incultos, se había establecido allí,



Hayas solitarias frente al Balmaceda

hacía cerca de dos años, dedicándose a la cría de ganado vacuno, aunque no sé realmente con qué perspectivas, pues toda aquella región es sumamente pantanosa debido a las continuas lluvias. Hacía cuatro meses que no veía seres humanos, y cual nuevo Robinson, pasaba la vida en la soledad, vagando por montes y valles, conduciendo a pastar el ganado, alimentándose con carne de ciervo, el "huemul" chileno, que abunda en aquellos valles, hasta que concluídos los víveres hubiera tenido que volver a Natales, para procurárselos de nuevo, atravesando a caballo los valles del Norte del Balmaceda, después de vadear peligrosos ríos.

Como no teníamos esperanza de que las nubes que cubrían el macizo se abrieran de ese lado, decidimos zarpar a la mañana siguiente, no sin antes visitar someramente la costa norte, donde desemboca el Río Serrano.

Pero esa noche nos esperaba una desagradable sorpresa.

El tiempo que hasta entonces se había mantenido tranquilo, se convulsionó bien entrada la noche y ráfagas impetuosas bajaron desde las gargantas del Balmaceda, rompiendo el silencio con horripilantes aullidos.

La seguridad de encontrarnos en buen puerto y con la embarcación bien asegurada alejó de mí en un principio todo temor, pero a las tres de la mañana, el insólito movimiento del cutter y los fuertes tirones del ancla me pusieron sobre aviso. Viendo que no vigilaba ninguno de la tripulación, salté sobre cubierta y con gran sorpresa noté que el ancla se había zafado y nuestro cutter marchaba a la deriva velozmente impulsado por el viento.

Despertados los marineros, tratamos rápidamente de ganar la costa ya lejana, lográndolo con bastante dificultad, pues el ancla y parte de la cadena estaban sumergidas bajo el agua y nos costó no poco el levantarlas. Izamos las velas y volvimos a nuestro primitivo lugar de anclaje, donde echamos las dos anclas y pasamos en vela el resto de la noche.

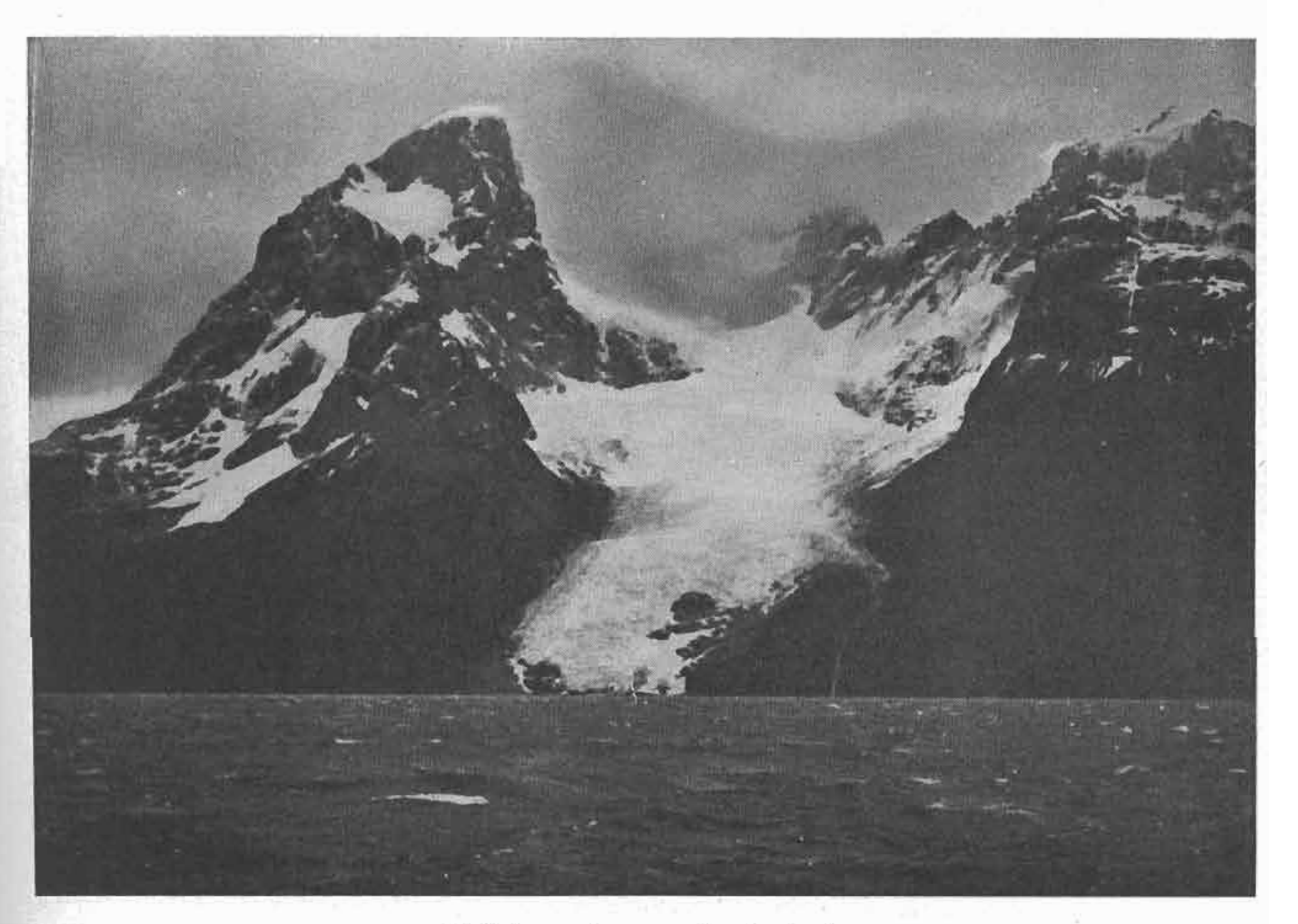
Al asomar el día, el viento fué disminuyendo gradualmente, hasta que por la tarde reinaba ya completa calma que en seguida aprovechamos para ganar el otro extremo del fiord antes de que cerrara la noche.

A las cinco, dejamos aquella preciosa y casi fatal ensenada y regresando por la misma ruta de hacía dos días, desfilamos nuevamente ante la ciclópea masa del Balmaceda cuya cima, siempre envuelta en densos vapores, estaba iluminada, aquí y allá, por los vivísimos rayos del sol que los intersticios de las nubes grises y negras dejaban pasar en fantástica lluvia de oro sobre las cumbres y los abismos.

A medida que avanzábamos la gigantesca mole del Balmaceda retrocedía hacia Poniente dejando al descubierto la ensenada norte y, como si se levantara un mágico telón, apareció ante nuestros ojos asombrados una visión sublime que arrancó de nuestros pechos un grito espontáneo de profunda admiración.

A través de la depresión hidrográfica del Río Serrano, que separa la Cordillera Arturo Prat del Balmaceda, vimos lejos, muy lejos, destacándose sobre el fondo azul tersísimo y luminoso del cielo, el majestuoso macizo del Paine, cuyo perfil gigantesco dibujado por sus bermejas torres y sus albas agujas de hielo, se nos presentaba como la fantástica aparición de un reino ultramundano.

Ni una tenue nubecilla alteraba la serena grandeza de aquellas cumbres excelsas que, a los rayos del sol poniente, adquirían una delicada graduación de tonos y colores, esfumándose desde el rojo púrpura hasta el amarillo cromo, desde el azul y violeta de las sombras hasta el verde encendido de la lozana vegetación magallánica, la que, en cambio, a nuestro lado, sobre las escarpadas laderas del Balmaceda se apa-



El Balmaceda en un día de viento

gaba en frías tonalidades de un gris verdoso. Era tan soberbio el contraste con la visión lejana del Paine, límpida y suave; tan maravilloso el juego de matices y tan grande la viveza del colorido que hubiera enamorado el alma de un pintor y hecho brotar de todos los labios un himno de agradecimiento al Supremo Hacedor de todo lo creado.

El Paine está situado a unos 60 kilómetros del Balmaceda y, como éste, forma uno de los más elevados macizos de los Andes Patagónicos. Tiene, sin embargo, características de configuración y clima completamente distintas, pues el Balmaceda encuéntrase casi permanentemente envuelto en una densa atmósfera de vapores que se transforman en continuas lluvias, mientras que el Paine posee un cielo más límpido y sereno, siendo mucho más raras en él las precipitaciones meteóricas.

A la mañana siguiente emprendimos el regreso a Natales, porque varias familias de colonos, establecidas a lo largo de la costa del fiord, esperaban mi visita. Con todo ya había visto del Balmaceda cuanto era necesario para apreciar su extraordinaria belleza y experimentar el vivísimo deseo de retornar para contemplarlo sin velos en un fulgurante día de sol.

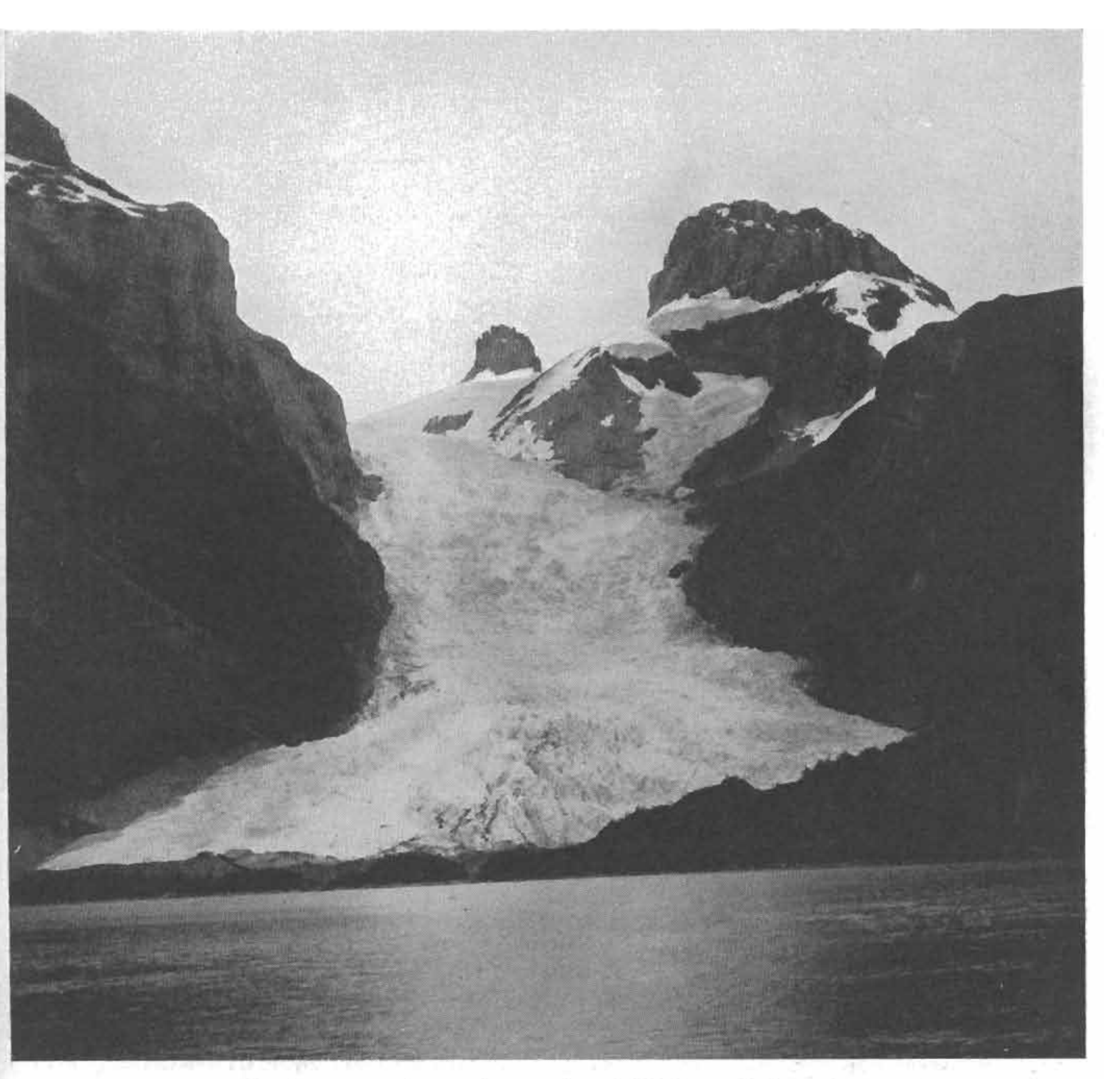
Volví al año siguiente (1917), en el "Fueguino", potente remolcador del establecimiento frigorífico de Puerto Bories, que periódicamente llegaba a las cercanías del Balmaceda para proveer de víveres a algunos leñadores que talaban árboles en el bosque, y remclcar al regreso esta madera hasta Puerto Bories. El Balmaceda nos recibió con una serie de huracanes de singular violencia que parecían no tener término. Los vientos, saltaban sin transición del NW al SW, acompañados a veces de lluvias deshechas.

Pasé cinco días de penosa expectativa en compañía de los leñadores que, bajo la lluvia y el viento, trabajaban sin descanso, abatiendo los troncos de la selva, y transportándolos luego con bueyes a la playa.

Aquí el bosque está formado especialmente, como en la Tierra del Fuego, de hayas (*Nothofagus antarctica y N. betuloides*), que crecen vigorosas, sobre todo en los cañadones reparados del viento y donde el humus es más abundante. Mezclados con las hayas crecen el Canelo (*Drymis winteri*), una soberbia magnoliácea de hojas siempre verdes, de tallo agudo y elegante; el Ciprés (*Libocedrus tetragona*), la Leñadura (*Maytenus magellanicus*), cuyas hojas son buscadas ávidamente por los vacunos, y unos pocos arbustos más, entre los que predomina el Calafate (*Berberis buxifolia y B. ilicifolia*). Como arbusto intermedio entre las yerbas y los árboles es digna de mención la *Philesia buxifolia*, vistosa liliácea de flo-



Bosque de lenga en el Seno Bellavista. — (Fiord Ultima Esperanza)



Ventisquero en la vertiente oriental del Cerro Balmaceda

res parecidas a pequeños lirios, pero rojos y carnosos como los de la camelia. Abundan los helechos, y entre éstos, se destaca por su desarrollo y belleza el *Blechnum magellanicum* cuyo tronco, de más de 30 cm. de diámetro, posee bellas hojas radiadas, de consistencia coriácea y de un verde brillante.

En el interior del bosque, en las laderas del macizo y en los valles se abren algunos claros (vegas) que tienen en lontananza aspecto de prados, pero que no son otra cosa que blandos y húmedos tapetes de juncos, de esfagnos y de otras especies de criptógamas; son muy escasas las hierbas forrajeras o insuficientes para la alimentación del ganado vacuno.



Fiord Ultima Esperanza. — Bahía Bellavista

Contemplo con un dejo de piedad a los pobres bueyes a quienes toca la ímproba tarea de arrastrar los troncos del bosque a través de la *picada*, pequeño sendero abierto en la selva por los leñadores, entre despeñaderos y pantanos.

Estos infelices animales, obligados a caminar al lado del tronco atado al yugo durante la bajada, se ven sacudidos a diestra y siniestra a impulsos del mismo tronco que adelanta y se precipita según sean los accidentes del terreno, ocasionándoles golpes y heridas.

A las pocas semanas están tan extenuados que es necesario substituirlos por otros descansados, y así varias veces, hasta que quedan reducidos a pellejo y huesos, si es que no sucumben antes en su ruda labor.

La espera del buen tiempo me resultaba penosa y desagradable. No había indicio alguno de que el cielo quisiera aclararse.

Por fin, una mañana, habiéndose calmado un tanto el viento, la densa cortina de niebla que oprimía al Balmaceda se desgarró de improviso y de la compacta masa de vapores fueron saliendo primero los gigantes flancos del coloso, tallados a pico sobre las aguas del fiord, luego el inmenso glaciar, que llena el valle central, y por último, la cima suprema, todavía ligeramente velada por tenues vapores que se obstinaban en ocultarla.



Una cascada de 150 metros en el fiord de Ultima Esperanza

El sol asomándose entre las nubes proyectaba, a intervalos, fajas de luz sobre las ásperas pendientes del monte, revelando entre el contraste de las luces y de las sombras, nuevas particularidades de aquel inmenso escenario cordillerano donde se concentraban todas las formas y los aspectos que puede asumir la alta montaña, bajo el eterno dominio del hielo.

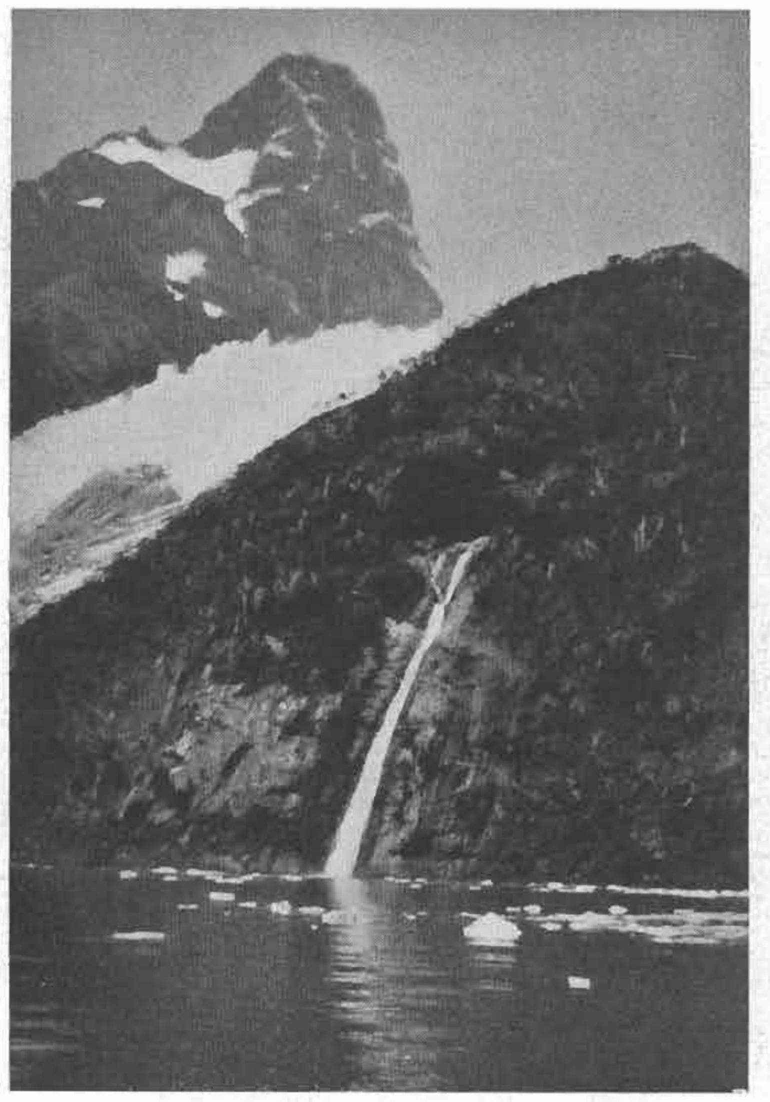
Por este lado, el Balmaceda parece invulnerable a todo intento alpinístico, tan verticales son sus paredes y tantas insidias presentan las cornisas de hielo suspendidas sobre los abismos. En cambio la ascensión a la cima por la vertiente boreal parece ofrecer posibilidades de éxito, aunque no esté del todo exenta de dificultades.

Este gran macizo, clasificado por Hauthal como una intrusión granodiorítica de tipo lacolítico, y luego estudiado geológicamente por Quensel [1], está constituído por numerosos picos y crestas internas superiores a los 2.000 metros, todavía completamente inexplorados y por numerosos glaciares que llenan las depresiones y descienden en rápidas cascadas de *seracs* a lo largo de sus laderas.

En un tercer viaje, que realicé en enero de 1929, debían quedar por fin plenamente satisfechos mis deseos.

Para asegurar el éxito de mi intento, necesitaba esperar en Puerto Natales la llegada del buen tiempo, lo que sucede generalmente cuando la columna barométrica alcanza 760 milímetros y sopla una ligera brisa del sur, y luego aprovechando la calma de la noche, partir

[1] Según este autor (*Geologisch-petrographische Studien in der patagonische Cordillera*. Bull. Geol. Inst. Uppsala, 1911) las rocas del Cerro Balmaceda se componen esencialmente de monzonita cuarcífera y sus diferenciaciones básicas.



Cascada al pie del Cerro Balmaceda

inmediatamente, hacia el Balmaceda en alguna rápida embarcación.

Encontré, en la exquisita cortesía del Sr. Thomas Dick, director del gran establecimiento frigorífico de Puerto Bories, cuanto necesitaba; una rápida embarcación a motor y un hábil piloto muy práctico de esos lugares.

Después de un largo período de viento y de tormenta, llegó la calma y el buen tiempo. El Balmaceda, en un maravilloso crepúsculo, sacudió por fin el denso manto de sus nubes y apareció completamente descubierto sobre el lejano extremo del fiord.

Sin pérdida de un minuto nos dispusimos a la partida y a medianoche dejaba nuestra lancha Puerto Bories y se lanzaba a toda marcha por el oscuro corredor del fiord, entre dos ciclópeas paredes de montañas severas y misteriosas y bajo una bóveda azul-oscura tachonada de estrellas.

En seis horas de navegación sobre unas aguas siempre tranquilas, llegamos casi al final del fiord; dejamos atrás un estrecho paso donde las montañas alisadas por los antiguos glaciares tienen el aspecto de una bellísima barrera rocosa tallada a pico sobre el canal, y henos aquí en una amplia caleta frente al Balmaceda, que, libre de nubes, ostenta su altísima mole a los primeros rayos del sol sobre el pedestal cristalino de las aguas.

Sublime espectáculo que subyuga y conmueve todas las potencias del espíritu con la gigantesca forma de las líneas, con todo el sublime conjunto de picos, crestas, peñas, precipicios y barrancos; con la majestad de los glaciares suspendidos sobre el abismo, entre el verde marco de la exuberante floresta virgen, con la variedad infinita de colores de tonos tan luminosos y delicados que la vista permanece extasiada y el ánimo impregnado de profunda dulzura.

¡Cuánta paz, cuánta tranquilidad se desprende hoy del Balmaceda! La ira de los vientos, el furor de las tempestades, el trastorno de las nubes han desaparecido como por encanto; diríase que estos fenómenos son aquí totalmente desconocidos.

Un profundo silencio reina por doquiera, únicamente interrumpido por el estallido cadencioso del motor, mientras la embarcación avanza lacerando el purísimo espejo de las aguas donde se reflejan en brillantes colores el Balmaceda y las montañas



Deposé *Fot. A. M. De Agostini*

CERRO BALMACEDA. — QUIETUD



Cerro Balmaceda. — Calma

vecinas. Para gozar con más intensidad de aquel encanto de la naturaleza, apagamos el motor: silencio perfecto, solemne. Solamente después de algunos instantes, llega a nuestros oídos el melódico rumor de las numerosas cascadas, que descendiendo en guedejas sobre las ásperas laderas de los montes se precipitan en el mar, o se hunden en los profundos abismos, entre el verdor de la selva.

Llegados a los pies del Balmaceda volvemos la proa a SW y nos internamos en el brazo de mar siempre absortos en la contemplación de la espectacular montaña, que eleva verticalmente sobre nuestras cabezas sus enormes muros y sus afiladas crestas coronadas de pavorosas cornisas de hielo.

Una vez al final del brazo occidental, algo hacia el Sur de la Bahía Bellavista, penetramos en el cauce de un río sin nombre, que tiene sus fuentes en el Lago Azul, situado en el corazón de la Cordillera, a cinco kilómetros de la costa.

Busco empeñosamente la cabaña del pastor que encontrara en este lugar en mi primera excursión al Balmaceda, pero no la diviso. Me informa el piloto que aquel característico pastor aventurero, viendo disminuir el ganado por la inclemencia del clima y la insuficiencia de hierbas forrajeras, pocos años después se alejó para siempre de allí, dejando de nuevo solitario aquel remoto y pintoresco ángulo de la Cordillera, donde había acariciado sus sueños de riqueza.



Bosque de ñire. — (*Nothofagus antarctica*)

Durante más de una hora navegamos entre dos riberas recubiertas de tupida floresta y con ambas márgenes recamadas por graciosos canteros de grandes margaritas (*Senecio acanthifolius* Hombr. et Jacq.), tan artísticamente dispuestos que más parecen obra del hombre que de la naturaleza. Ponemos en fuga numerosas bandadas de patos silvestres y nidadas de avutardas, cuyos polluelos ya grandecitos no pueden volar todavía porque tienen las alas cortas. Tratamos de alcanzarlos con la embarcación, pero sin conseguirlo, pues corren con mucha velocidad, y cuando estamos a punto de apoderarnos de alguno, se sumergen de cabeza en el agua y desaparecen.

Hacia el final del río, las riberas son más abruptas. Después de doblar una barrera rocosa y escarpada, pulida por los antiguos glaciares, penetramos en el solitario y pintoresco Lago Azul, verdadera joya engarzada entre un elevado e imponente cerco de montes y de cumbres nevadas, cuyas laderas están revestidas de espesísimos y verdes bosques.

A Occidente de este encantador laguito, penetra en la alta Cordillera un angosto y típico valle de origen glacial con pequeñas cuencas lacustres y rocas aborregadas, entre las que se encajona y precipita un riachuelo.

La selva crece con extraordinaria exuberancia y con formas y aspectos distintos de las demás por el lujuriante desarrollo de la vegetación criptogámica, favorecida

por las lluvias, que son aquí más frecuentes, y por la caída abundante de las aguas provenientes de los glaciares y neveros que cubren las cimas de las montañas.

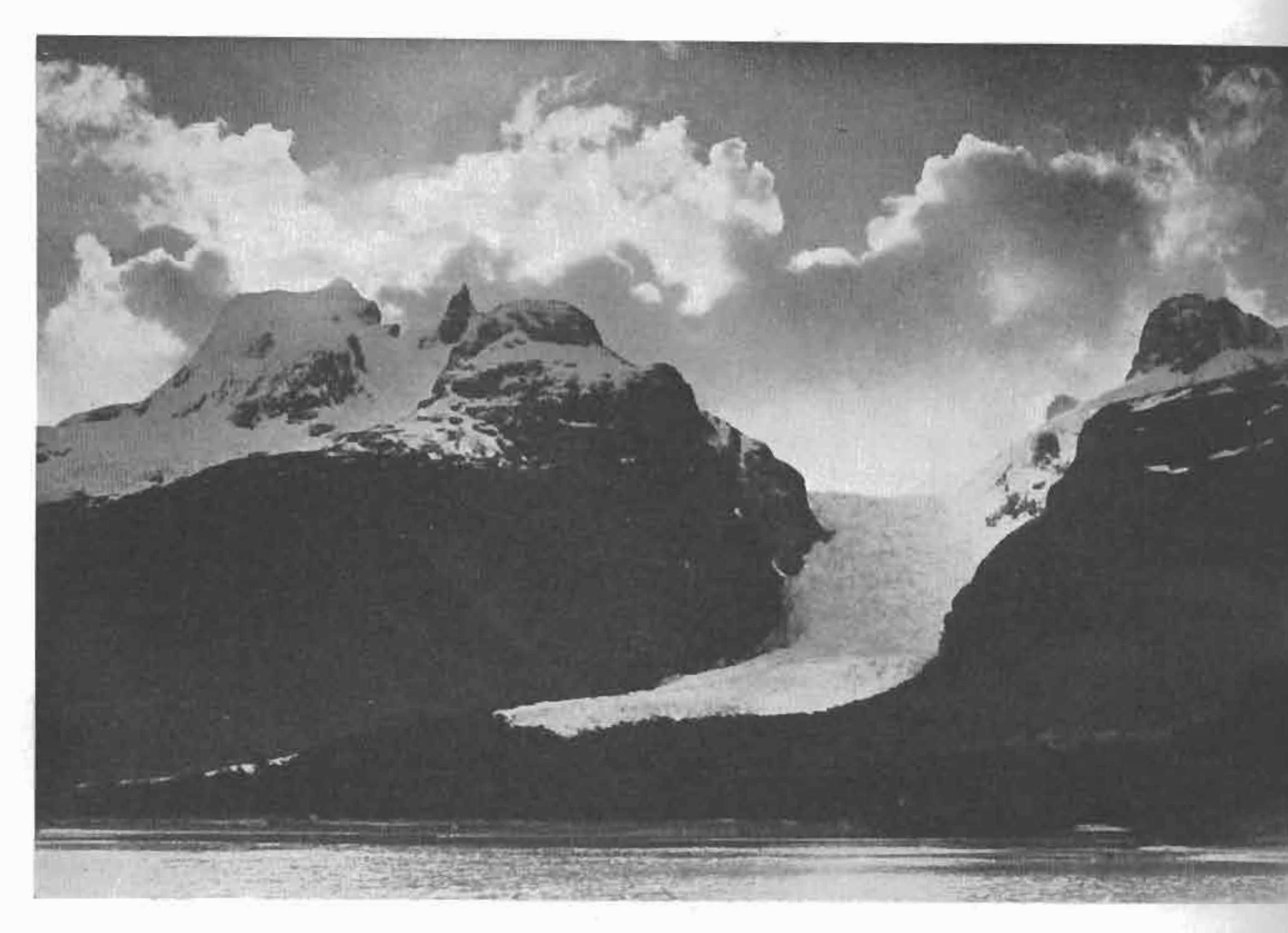
Los troncos y las ramas están completamente revestidos de un manto de musgos, líquenes y helechos que forman un gracioso tejido, de un hermoso verde esmaltado, adornado de finísimos encajes. El suelo es un tapete elástico de musgos esfagnáceos y otros restos vegetales en putrefacción, impregnados de agua, que obligan a caminar cuidadosamente para no hundirse hasta la cintura.

Desde los montes que ciñen al NW el lago y el valle, bajan grandes lenguas de hielo como las franjas de un inmenso, blanquísimo manto de nieve y de hielo, que se entrevé en su interior y que recubre los vastos altiplanos subiendo hasta las cumbres. Es ésta, en efecto, la extremidad sur de aquel vasto campo de hielo inexplorado, atravesado por grandes cadenas de montañas y centenares de cumbres, que se extiende ininterrumpidamente del Estero Calen, en el Fiord Baker, hasta el Golfo Unión, al Norte de la península Muñoz Gamero, por una longitud de 440 kilómetros.

En el verano de 1917, en una excursión que efectué al Norte del Balmaceda hasta llegar a los orígenes de los ríos Tyndall y Geikie, afluentes del Serrano, había podido observar la configuración de este vastísimo campo de hielo y las blancas cadenas de



Bahía Bellavista - Quietual



Puesta del sol en el Cerro Balmaceda

montes entre las que se extiende, envuelto casi siempre por densos vapores y azotado continuamente por los vientos y las tempestades.

Poco después de mediodía, la serena belleza de la mañana se velaba bajo una cortina de húmedos vapores que llegaban repentinamente del Norte y se iban haciendo más densos y amenazantes. Realizado un breve recorrido alrededor del lago, tomamos la ruta de regreso a Puerto Natales, donde llegamos al anochecer.

●